

INVITACION

Cierto que el mes de mayo lo es ya de por sí una invitación, por cuanto representa la antesala, fresca optimista y perfumada, del ya próximo y prometedo verano, de la estación que, principalmente por estas nuestras amables latitudes, equivale a decir, y por fortuna cada día más, la época feliz del año, los meses dorados de sol y también — pedimos a los dueños de hoteles y establecimientos de toda índole aquí ubicados un instante de sinceridad — de sanísima prosperidad económica que, año a año, va consolidándose al ritmo, seguro y definitivo, de lo al privilegio predestinado.

Son, hay que reconocerlo, toda una serie de factores favorables a la realización de este milagro de multitudinario reconocimiento de cualidades y valores intrínsecos que estamos presenciando, los que felizmente vienen a coincidir para hacer espléndida realidad esa fama, continuamente en auge, que, como un envidiable halo de ilusión, rodea el nombre, aún hay quien sostiene que un tanto hiperbólico, pero ya totalmente identificado con país, paisaje y paisanaje, de nuestra COSTA BRAVA.

Por esto es que al llegar estos días de mayo florido, que son como un policromo ramillete que la Primavera, sonriente, nos viene a ofrecer, nos sentimos, más que nunca, afortunados depositarios de un inagotable tesoro de bellezas y emociones tal que, generosos y acogedores que siempre fuimos los habitantes de este luminoso litoral, queremos, deseamos, hacer partícipes de nuestro legítimo gozo a cuantos nos quieran honrar con su visita, con su

estancia, corta o prolongada, entre nosotros, compartir, en fin, nuestra propia casa, ni más ni menos.

Eso es: «nuestra casa», incluído todo lo que en ella pueda haber de valor, de utilidad, de comodidad, es lo que, con gesto llano y cordial, ofrecemos; y, en ello envueltos, van también nuestra simpatía y nuestro agradecimiento por anticipado, sentimientos todos de buena ley que polarizan en esta, tan sincera como espontánea, exclamación: ¡BIENVENIDOS!

Sí, bienvenidos seáis cuantos hasta aquí llegéis llevando el ánimo predisuelto a gozar, en paz y buena disposición, de cuanto os podamos de buen grado ofrecer y que por vuestro podréis tomarlo. — y conste que no es fórmula de simple cortesía. Pero... ¡por favor! si alguno hubiere, visitante en potencia, — y sabido es que ni el mejor campo de candeal se halla enteramente libre del azote de unas aisladas y feas espigas de cizaña — incapaz de saber respetar, y no decimos ya de estimar y agradecer, cuanto aquí ha de hallar al alcance de su mano y sumiso a su libre acción, a ése, si dable nos fuera poder descubrirle entre mil, le diríamos, mirándole resueltamente a la cara: — «No, tú no debes venir, y lo sabes además, pues que por mucho que alardees de despreocupación, — otros nombres más apropiados tiene eso— en el fondo oscuro de tu conciencia llevas gravitando el peso muerto de una serie de acciones feas que puede que no lleguen a la categoría de delitos, — y de eso te vales— pero faltas si lo son siempre, faltas a la convivencia civilizada, esto es, al comportamiento culto y decente entre personas, y, por tanto intolerables y punibles en justicia.»

Constituye — nadie puede negarlo— una muy grave ofensa a la belleza del lugar y a la vez a la sufrida condescendencia de cuantos aquí convivimos, lo mismo si somos vecinos que simples transeúntes, realizar, amparándose casi siempre en la nocturnidad o en la soledad del paraje, actos demostrativos de una típica barbarie que nadie, por osado que fuese, se atrevería a perpetrar en público. Como tampoco debe ser tolerado el pernicioso y contagioso hábito de producirse en forma espectacular que a menudo adquiere los marcados ribetes de un desenfado rayano en la mala crianza.

Venid, pues, en buenhora, todos cuantos, en propicia voluntad y elemental respeto a personas, cosas y ambiente, habéis querido elegir estos deliciosos para-

jes naturales para vuestro solaz y esparcimiento lícitos. ¡Bienvenidos seáis a nuestro lado, y que el gozo y la felicidad más completos en todo momento os acompañen!

Pero absteneos vosotros, los incapaces de comportaros con ese mínimo de corrección y de civismo que la colectividad, ordenada y alerta, ya tiene perfecto derecho a exigir a todos aquéllos que con ella entran en contacto en una u otra forma.

Al visitante de buena fe, al amigo, brazos abiertos, amplia sonrisa y a recibirlo con el corazón en la mano, — y no es tópico—. Al hostil, al recalcitrante en las odiosas e inciviles prácticas del «gamberrismo» cénril y cobarde, — y, por desgracia y vergüenza nuestra, en casa también hay mucho que vigilar y reprimir— semblante adusto para obligarle a que se aleje de nosotros y evitar que con su presencia indeseable, que tanto parecido guarda con la de los irracionales por las desagradables huellas con que suele revelarse a nuestros sentidos, no venga a perturbar nuestra sencilla paz ni a profanar los acogedores rincones de que tan pródiga es nuestra querida e incomparable COSTA BRAVA.

Eduardo Bardas Planellas

UN CHISTE CADA SEMANA



—Y ¿para trasladarlo aquí, desde su cama, lo hicieron en una ambulancia?

—Claro! Ya sabe Vd. que «De lecho a lecho hay un gran trecho».

PRESENTADO POR

GUBIAS Y TUBOS
BELLVEHÍ

ancora